



# UN MAPA Y UN BARCO

No hay que mirar en menos las novelas de aventuras, de piratas  
que cruzan el mar en busca de tesoros

selección de Sergio Gómez

**E**l clásico inolvidable de relato de aventuras es «La isla del tesoro», ese casi género literario mirado en menos por la academia. Pero para autores y lectores acuciosos, como el español Arturo Pérez-Reverte, se trata de la fuente misma donde bebe toda la novela moderna.

Robert L. Stevenson, el autor de «La isla del Tesoro», fue un escocés que vivió siempre con la sombra de una tuberculosis en el cuerpo. Debido a su delicada salud se fue a morir en la misma época que lo hacía el pintor Paul Gauguin y también murió en una isla: Samoa. Murió de Stevenson es haber legado dos ejemplares perfectos: uno de la novela de aventuras con «La isla del tesoro» y el otro, un clásico del horror puro, como es «El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde».

«La isla del tesoro» es una novela de iniciación. El joven Jim Hawkins es poseedor del mapa de un tesoro y se embarca en la aventura a bordo de la Hispaniola. Curiosamente resultan más inolvidables que el protagonista los bucaneros como el capitán Flint, Perro Negro y el malísimo John Silver el Largo y, por supuesto, la presencia paralizante de la *Jolly Roger* icada, es decir la bandera de la calavera cruzada por los huesos.

«La isla del Tesoro» parece relegada injustamente al estante de la literatura para niños. Pero esta novela es un clásico sin apellidado, un libro de estudio para cualquier escritor, pues posee una de las estructuras más perfectas de la literatura moderna. Borges, un aventurero de biblioteca, señalaba que la novela de aventuras nunca se propone como una transcripción de la realidad y «es un objeto artificial que no sufre ninguna parte injustificada».

La Hispaniola zarpa desde Bristol, el puerto inglés, así parte la aventura de Jim; mientras que del otro lado el lector, comienza a entender que puede ser una aven-

tura abrir un libro:

«El señor Teelavney se alojaba en una posada próxima a las cárceles, a fin de vigilar los trabajos de la gólera. Hacia allí tuvimos que dirigirnos ahora, y en nuestro camino, para gran alegría mía, cruzamos ante los muelles donde había una gran multitud de barcos de todos los tamaños, aporces y nacionalidades. En uno, los marineros cantaban mientras trabajaban; en otro, había hombres arriba, muy por encima de mi cabeza, colgados de unas cuerdas que no parecían más gruesas que los hilos de una araña. Aunque yo había vivido junto a la costa toda mi vida, me pareció que jamás había estado tan cerca del mar como en aquel momento. El olor a alquitrán y a sal era algo nuevo para mí.

(...) Escuchamos toda la noche ocupados escuchando las cosas en su sitio, y con los buenos replicos de amigos de agua, que venían a desearte buen viaje y feliz regreso. Jamás tuvimos una noche en el «Almirante Benbow» con la mitad de trabajos, yo me vestía ya muerto de cansancio cuando, pocos

antes de romper el día, el contramaestre hizo sonar el silbato, y la tripulación empezó a cubrir las barcas del cabrestante. Aunque hubiese estado al borde de rendido, no había abandonado la cubierta; pero así, todo era nuevo e interesante: las órdenes breves, la nota estridente del silbato, los hombres acudiendo a sus puestos al resplandor de las lámparas del barco.

—Vamos, Barbacoa, e intentos una grida una voz.

—La antigua —gritó otro.

—Sí, sí, compañeros —dijo John el Largo, que estaba allí cerca con la muleta bajo el brazo, e inmediatamente atacó la canción cuyas palabras conocía ya tan bien:

«Quince hombres nacieron en el cofre del muerto»

«Y toda la tripulación coreó:

«¡Yo-jo-jo, y una botella de ron!»

«Y al tercer «Jo» hacían girar las barcas todas a una.

Aquel momento emocionante me devolvió en un segundo al «Almirante Benbow»; y me pareció oír la voz del capitán acompañando al coro con su voz desahogada. Pero no tardó en llevarse el ancla, y al poco colgaba chocando por la amura; las velas empezaron a temblar viento, y la tierra y los barcos a desfilarse en silencio a una banda y a otra; y antes de que yo pudiese echarme a descansar una hora, La Hispaniola había iniciado su viaje a «La isla del tesoro».

Robert L. Stevenson nació en Escocia en 1870. Toda su vida sufrió de tuberculosis, lo que lo llevó a vivir sus últimos cinco años en la isla de Samoa, donde finalmente murió en 1894. Estudió ingeniería civil y leyes, pero nunca ejerció, dedicándose por completo a la literatura. En 1883 publicó «La isla del tesoro» y en 1886 «El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde».



Caricatures by...

Un mapa y un barco [artículo] Sergio Gómez.

Libros y documentos

**AUTORÍA**

Gómez, Sergio, 1962-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1998

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Un mapa y un barco [artículo] Sergio Gómez. il.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile